University of Nebraska - Lincoln
DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln

Spanish Language and Literature | Modern Languages and Literatures, Department of

5-8-2007

Reseña de *Los amantes del círculo polar*: Destellos narcisistas en la simetría de las superficies

Oscar Pereira Zazo
University of Nebraska - Lincoln, opereira@unlserve.unl.edu

Follow this and additional works at: http://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish

Part of the Modern Languages Commons

Pereira Zazo, Oscar, "Reseña de *Los amantes del círculo polar*: Destellos narcisistas en la simetría de las superficies" (2007). *Spanish Language and Literature*. Paper 13.
http://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish/13

This Article is brought to you for free and open access by the Modern Languages and Literatures, Department of at DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln. It has been accepted for inclusion in Spanish Language and Literature by an authorized administrator of DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln.

Reseña de Los amantes del círculo polar
Destellos narcisistas en la simetría de las superficies

Oscar Pereira Zazo
University of Nebraska-Lincoln

España / 1998 / Color / 112 min

Director
Julio Medem

Producción
Fernando Bovaira, Fernando de Garcillán, Enrique López Lavigne, Txarly Llorente

Guión
Julio Medem

Director de fotografía
Gonzalo F. Berridi

Montaje
Iván Aledo

Música
Alberto Iglesias

Casting
Alberto Iglesias

Dirección artística
Satur Idarreta, Montse Sanz

Reparto
Najwa Nimri (Ana joven), Fele Martinez (Otto joven), Nancho Novo (Alvaro, padre de Otto), Maru Valdivieso (Olga, madre de Ana), Peru Medem (Otto niño), Sara Valiente (Ana niña), Víctor Hugo Oliveira (Otto adolescente), Kristel Díez (Ana adolescente), Pep Munné (Javier), Jaroslav Bielski (Alvaro Midelman), Rosa Morales (Sofía), Joost Siedhoff (Otto Midelman), Petri Heino (Aki), Outi Alanen (la cartera), María Isasi-Isasmendi (la dependienta)

Resumen

Ana y Otto, Otto y Ana. Una historia de amor que dura toda una vida; o, al menos, lo que le dura la vida a uno de sus protagonistas, a saber, desde la infancia hasta la muerte de Ana, atropellada, al parecer accidentalmente, en Finlandia por un autobús que no por casualidad es de color rojo. La historia (de amor) empieza en Madrid a mediados de los

setenta y termina en el círculo polar ártico a finales de los noventa. Como muchos acontecimientos de la película, el primer encuentro de los amantes es fruto de la casualidad. Otto sale corriendo detrás de un pelota cuesta abajo, corre que te corre, hasta que sin darse cuenta se encuentra corriendo detrás de una niña, Ana. Ana corre por motivos diferentes. Su madre acaba de comunicarle que su padre ha muerto en un accidente de coche. La niña no quiero aceptarlo y sale corriendo, corre que te corre, hasta que tropieza y cae de bruces. Ana y Otto se miran y no dejarán de hacerlo hasta el último momento.

La película, que tiene estructura circular o de *flash back,* se desenvuelve a lo largo de tres ciclos: infancia, adolescencia y juventud. En el primer lapso somos testigos de la separación de los padres de Otto. La vida de la madre, de origen alemán, se convierte a raíz de la separación en un infierno, pues nunca deja de querer al padre. Otto continúa viviendo con su madre, aunque ve al padre todos los días, ya que viene a recogerlo a la salida del colegio. Precisamente, en una de estas salidas, el padre de Otto entabla amistad con la madre de Ana. Poco después se convierten en amantes y, con el tiempo, en marido y mujer. Esta situación asegura que Otto y Ana se vean todos los días, porque bien el padre de él o la madre de ella pasa con su coche a recogerlos a la salida del colegio. Y es justamente en uno de estos trayectos que se produce el salto desde la infancia a la adolescencia.

Otro accidente. La madre, que conduce un Volvo, frena en seco pero no puede evitar el choque. Un ligero golpe contra un autobús (por supuesto, rojo) y un salto en el tiempo. Y lo que vemos es que al padre de Otto le ha ido bien. Le han ascendido en el trabajo, gana más dinero y se compra un coche nuevo y un chalecito en las afueras. Otto va al chalecito de vez en cuando a visitarlos, en fines de semana alternos. Estas visitas se continúan hasta que Ana y Otto empiezan a exteriorizar su amor. Un beso es todo lo que se necesita. Otto decide irse a vivir con su padre (vaya, con Ana) con el resultado, quizás no meditado, de dejar sola a su madre. La nueva situación facilita que Ana y Otto se hagan amantes. Ella toma la iniciativa. Un día, mientras el padre hace una foto de familia, Ana le pasa a Otto un papel doblado con el siguiente mensaje: “Esta noche te espero en mi cuarto, valiente.”

No mucho después se produce el segundo salto temporal, desde la adolescencia a la juventud. La situación de ambos no ha variado mucho. Ana y Otto, en secreto y sin que el padre de él y la madre de ella tengan la más mínima sospecha, comparten cama todas o casi todas las noches. Un nuevo accidente o acontecimiento no previsto desbarata la situación: la muerte de la madre de Otto. El joven descubre el cuerpo muerto de su madre en una de sus periódicas visitas. Todo indica que cuando Otto llega a la casa de su madre ella ya lleva varios días muerta en la cocina (abundancia de moscas) y que, además, murió mientras limpiaba una lechuga (ya en mal estado). Este suceso parece alterar profundamente a Otto. Al menos altera su vida. Para empezar, le dice al padre que hubiera preferido su muerte a la de ella. Poco después, intenta suicidarse de forma harto original, a saber, lanzándose con un trineo por un precipicio cubierto de nieve. Tiene suerte y sobrevive. Finalmente, un día, sin avisar, se va de la casa paterna, llevándose todos sus trastos y un buen montón de dinero del padre.

Coincidiendo con la ida o huida de Otto, la relación entre el padre de Otto y la madre de Ana llega a su fin. Olga conoce a otro Álvaro, Álvaro Midelman, un productor de televisión. Ella acepta el trabajo de locutora que éste le ofrece y se irá a vivir con él. El padre de Otto se queda solo, como sola se quedó su primera mujer, la madre de Otto, cuando el padre la abandonó sin pensárselo dos veces. Entramos así en la última etapa de la película: Otto por un lado, Ana por otro, la madre de Otto muerta, el padre de Ana también, el padre de Otto solo, la madre de Ana no.

El tiempo pasa y Ana acaba de maestra en el mismo colegio en que estudiaron (juntos pero no revueltos) Otto y Ana, y, además, viviendo con Javier, maestro que fue de Otto. Este último, por su parte, se hace piloto y encuentra trabajo en una compañía de transporte aéreo; compañía que cubre la línea postal entre España y Finlandia. Muchas mujeres se suceden en su vida, pero con ninguna mantiene una relación permanente. Pasan cuatro años, y, aunque Ana y Otto no se han vuelto a ver, permanecen en contacto a través del padre de Otto, Álvaro, que sigue viviendo solo en su chalet y en un estado cada vez más lamentable. Otto le visita de vez en cuando, aunque nunca le dice a qué se dedica.

A modo de traca final, los acontecimientos se aceleran. Ana rompe con Javier y a pesar de que no sabe qué hacer con su vida, está claro que le gustaría volver con Otto.

Además, por una de estas casualidades que nunca se dan en la vida, el nuevo compañero de su madre, Álvaro Midelman, le comenta a la joven que él es finlandés, que su padre vive en una ciudad del norte de Finlandia llamada Rovaniemi, y que cerca de esta ciudad, justamente en el borde del círculo polar ártico, su padre tiene una cabaña que no suele usar y a la que Ana puede irse a pasar una temporada para mirar cómo el sol no termina nunca de esconderse en el horizonte. ¿Qué más se le puede pedir a la vida?

Dicho y hecho. Ya en Laponia, la sucesión de accidentes y casualidades se vuelve más estridente. Hablando con Otto, que así es como se llama el padre de Álvaro Midelman, Ana se entera de una historia sorprendente. Ella ya sabía por qué a su Otto le habían puesto el nombre de Otto. Ahora se entera de la continuación de esa antigua historia. Pero vayamos por partes. Durante la guerra civil española, los alemanes, aliados de los fascistas españoles, bombardean Guernica, una pequeña ciudad situada en el País Vasco. Uno de los aviones alemanes es abatido, pero el piloto del avión se salva tirándose en paracaídas. Desafortunadamente, el paracaídas queda enganchado en las copas de unos árboles sin que el piloto pueda hacer nada para solventar tan incómoda situación. Afortunadamente, un campesino de la zona lo ve allí colgado, sube al árbol y corta las cinchas. Piloto y campesino no pueden entenderse porque hablan distintas lenguas. No obstante, el aldeano se entera de que el piloto alemán se llama Otto. Andando el tiempo, el hijo del campesino vasco, Álvaro, pone a su hijo el nombre del piloto alemán que su padre había salvado en tiempos de la guerra civil. Pues bien, cuando Ana llega a Rovaniemi se encuentra cara a cara con el antiguo piloto alemán que había participado en el bombardeo de Guernica. El expiloto, Otto Midelman, le cuenta, como decíamos, la maravillosa segunda parte de una historia ya de por sí improbable. Después de dejar al campesino que le había salvado la vida, Otto Midelman empieza a correr por el bosque hasta que topa con una casa derruida. Dentro de la casa, una muchacha solloza junto al cadáver de su padre, muerto a raíz del bombardeo alemán. Cristina es su nombre. Al ver al alemán, la joven empieza a correr presa de miedo y Otto sale detrás queriendo alcanzarla (recordemos en este punto que el encuentro posterior de Otto y Ana también ocurre después de una buena galopada). Cuando la chica tropieza y cae al suelo, los dos se quedan mirándose fijamente. Todo un flechazo. Otto y Cristina escapan de España y llegan a Finlandia donde rehacen sus vidas. Con el tiempo, tienen un hijo al que ponen el

nombre de Álvaro en honor al campesino vasco que había salvado la vida del piloto alemán.

Esperanzada por una concatenación tan inverosímil de circunstancias, Ana decide ponerse en contacto con Otto. Le envía a casa de su padre el siguiente un mensaje: "Estas noches te espero mirando al sol. Venga valiente, salta por la ventana." Otto no se hace de rogar. Dirige su avioneta a las coordenadas que le había enviado Ana y, ni corto ni perezoso, se lanza en paracaídas. Como no podía ser menos, por eso de la simetría, a Otto le ocurre lo que le ocurrió al otro Otto, o sea, que se queda enganchado en la copa de los árboles. Ana, por su parte, se entera gracias a la joven cartera que suele pasar de vez en cuando por la cabaña, que un avioneta española se ha estrellado por la zona. Asustada por lo que le hubiera podido pasar a su Otto, le dice a la cartera que la acerque hasta Rovaniemi. Cuando llega a la ciudad, coge un periódico que no puede entender y se dirige a la casa de Otto Midelman. Al cruzar la calle, volvemos al principio: un autobús la atropella. Antes de morir, sueña el reencuentro con Otto en casa de Otto. El joven, mientras tanto, es rescatado por Aki, un personaje que no sabemos muy bien a qué se dedica, pero a quien conocíamos de antes por haber sido la persona que acercó a Ana hasta la cabaña. Aki, que conduce bastante rápido, llega hasta la ciudad prácticamente al tiempo que lo hace Ana. Desde el todoterreno, Otto ve el accidente. Se acerca a Ana hasta que vemos la cara de Otto reflejada en sus pupilas. Las pupilas, dando paso a la muerte, se distienden.

Comentario

He aquí la historia de un amor trágico. He aquí la historia de unos personajes que no se cansan de filosofar: "La vida tiene sus ciclos," "todo caduca con el tiempo," "¿qué hubiera pasado si en lugar de tal cosa hubiese pasado tal otra?," **"**la vida está llena de cosas sin explicación," "¿cómo acabará este viaje [de la vida]." He aquí, también, la historia de una película que nos sorprende por su banalidad. Cuando intentamos analizar la relevancia de ese filosofar en la historia, es decir, tanto en la concatenación de los acontecimientos como en la construcción de los personajes, nos quedamos un tanto

perplejos, ya que la citada concatenación no pasa de ser una trama traída por los pelos y la mencionada construcción no nos ofrece más que unos personajes deficientemente desarrollados. La explicación de esto que puede sonar a paradoja se encuentra en el hecho de que toda la película está, en realidad, al servicio de una sola idea. Una idea ingeniosa: expresar en forma redundante la simetría propia de las estructuras capicúas. De esta manera, el orden geométrico, por decirlo así, se impone a otras consideraciones importantes como, por ejemplo, las de orden temporal. Con otras palabras, todos los elementos que componen la película (personajes, trama, etc.) están al servicio de una disposición que aspira a ser palindrómica, aunque obviamente tal objetivo no se pueda alcanzar en su totalidad. Por ello, el palíndromo se alía con el círculo y el ciclo: los nombres son capicúas (Ana, Otto), la trama es circular (el principio y el comienzo coinciden) y el desarrollo de la acción se expresa mediante una concatenación de ciclos (infancia, adolescencia, juventud).

Se suele decir que en los productos artísticos y artesanales es difícil, si no imposible, separar la forma del contenido. Pero, claro, esta aseveración no es fácil de aplicar a aquellas obras que deliberadamente se han construido mediante la imposición de una forma sobre una materia más o menos trillada (en este caso, un amor que se ve impelido a un trágico final; fórmula extraída de la tradición melodramática). Pues bien, esto es lo que ocurre con *Los amantes del círculo polar.* La mayor parte de lo que la película es se debe a la forma, muy poco al contenido. Dicho de otra manera, la pobreza de sustancia se intenta contrarrestar con una estructura narrativa compleja: dos puntos de vista (Ana y Otto), dos narradores (voces superpuestas de Ana y Otto), saltos temporales constantes entre el presente y el pasado, reverberaciones o ecos (autobuses rojos, accidentes de tráfico, aviones, pilotos, etc.), música extradiegética, etc.

No obstante, hay un aspecto que conviene resaltar una vez tomamos en consideración que *Los amantes del círculo polar* no es tanto un esclarecimiento de la realidad en que surgió cuanto un manifestación sintomática de ella. Me refiero a que la historia y los personajes transmiten zozobra. Desconocemos el origen de esta zozobra, pues no la podemos anclar en las experiencias de los personajes. Habrá que preguntarse, por tanto, si esta deficiencia, esta imposibilidad de saber, se debe a las limitaciones de la propia película o a la oscuridad y complicación inherentes a la realidad que se intenta de

captar artísticamente y de las que, en última instancia, deriva el zozobrar de que estamos hablando. Si fuera esto último, habría que meditar acerca de la complejidad del mundo que nos ha tocado en suerte. Pero, claro, toda meditación de esta naturaleza ha de desembocar en un intento por explicar. De forma que, después de darle vueltas al asunto, se me mantiene la sospecha de que en *Los amantes del círculo polar* el brillo de las simetrías no trata tanto de iluminar las profundidades del abismo cuanto de cegarnos la visión para que no las podamos contemplar.

Finalmente, las simetrías y, en particular, la especularidad palindrómica se alía de forma natural en *Los amantes del círculo polar* con el motivo de la mirada. Las miradas fijas de los amantes parecen indicar que hay un interés exacerbado en el otro. Este interés sería, en principio, afín a la relación que se instaura con el deseo de conocer o, en general, con cualquier tipo de acercamiento a la alteridad. Sin embargo, a modo de contraste con el contacto místico, que pretende la fusión o disolución del yo en el otro, la mirada fría del amante cuando se fija en el otro sólo ve un espejo en el que se reconoce a sí mismo. *El espejo del otro,* este podía ser el *motto* del narcisista polar.